

¿Simbiosis o competencia entre corredores y áreas protegidas?

JORGE PINAZZO

Ha transcurrido bastante tiempo desde que Simpson planteara -en 1936- la idea de los corredores como elementos claves en la dispersión entre continentes de algunas especies. Más tarde, en 1962, Preston recomendó el establecimiento de corredores entre reservas naturales. La teoría de la biogeografía de islas inspiró el debate sobre los procesos de insularización y fragmentación de hábitat y, en términos de manejo, se empezó a estudiar más seriamente los vínculos entre el área protegida y el paisaje circundante. La tendencia no ha variado desde entonces. ¿Acaso se podría considerar una mera casualidad el lema adoptado por el V Congreso Mundial de Parques (Durban, 2003): "Beneficios más allá de las fronteras"? Aun cuando en principio pudiera analizarse y definirse a partir de un razonamiento muy simple y lógico, unir o conectar parches de hábitat (o áreas protegidas relativamente aisladas) mediante franjas o cinturones de hábitat o vegetación similares (corredores) es un planteamiento que no logra despejar totalmente algunas interrogantes.

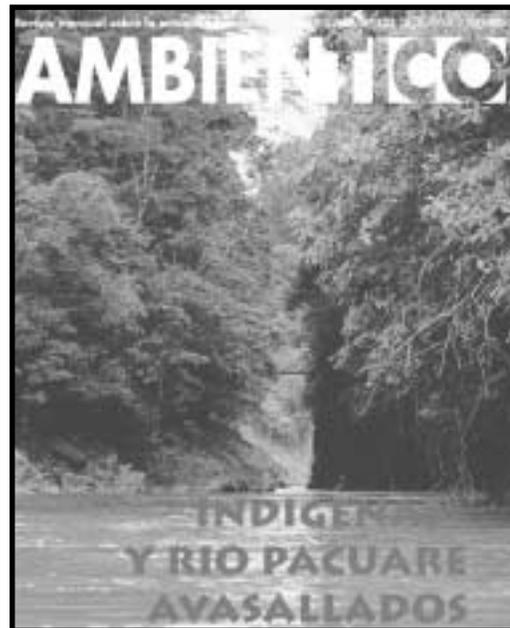
Como estrategia de manejo de recursos naturales, los corredores gozan de una grande y creciente popularidad. Es innegable que el concepto es atractivo, entre otras razones, porque (en este punto coincidimos con Yerena [2004]) representa una solución intuitivamente convincente: si el problema radica en la fragmentación (aislamiento) de los hábitat, la conexión es la respuesta obvia; y es una solución adaptable a varias escalas, desde las más pequeñas (locales) hasta las continentales, originando una percepción de que "algo" se está haciendo para enfrentar la problemática.

El principio es sencillo: "Los hábitat fragmentados pero interconectados por corredores tienen mayor valor para la conservación que los meros fragmentos aislados". Sin embargo, se debe reconocer que cuando se habla de conectividad, al menos para facilitar el movimiento de la fauna, se cuenta con varias posibles estrategias: (a) mejorar el mosaico completo del paisaje (en el modelo matriz-parche-corredor), y (b) mantener hábitats apropiados específicos que permitan el movimiento a través de un ambiente inhóspito (la matriz),

mediante enclaves o *piedras de paso* (*stepping stones*) -parches de hábitat separados-, y mediante corredores propiamente dichos -conexiones continuas.

Instantáneamente surgen algunas interrogantes: ¿Indefectiblemente preferirán los animales desplazarse por el corredor en lugar de hacerlo a través de la matriz? ¿La simple presencia (o registro) de un animal en un corredor implica necesariamente que existe conectividad? ¿Qué hacer en paisajes sin corredores? Además, cuando se profundiza en este tipo de análisis, se debe considerar otros importantes aspectos, como las escalas de trabajo. No es lo mismo diseñar o manejar un corredor a una escala pequeña (local), que pensar en uno a escala continental (ejemplo: el propuesto Corredor Ecológico de las Américas). A propósito de diseño de corredores,

[A LA VENTA]



[Informes y pedidos: 277-3688;
ambientico@una.ac.cr]

Jorge Pinazzo, ingeniero forestal, es investigador asociado del Departamento de Recursos Naturales y Ambiente del Centro Agronómico y Tecnológico de Investigación y Enseñanza (Catie) (jpinazzo@catie.ac.cr).

algunos investigadores realizan un gran esfuerzo definiendo si son mejores los corredores anchos que los angostos. Numerosas investigaciones sugieren fuertemente la naturaleza especie-específica del problema: pensar en corredores como estrategia de protección solo tiene sentido para algunas pocas y determinadas especies.

Por otro lado, queda claro que los efectos de la fragmentación, como pérdida adicional de hábitat, no precisamente son compensados por el establecimiento de más corredores. Mientras pensamos en unir todos los parches, ¿qué pasa en el resto del paisaje? ¿Tenemos vía libre para la destrucción? En este caso, nunca mejor dicho lo de "cuidemos la matriz". Algunos reconocidos investigadores dan escaso o nulo valor a los corredores y sostienen que la conservación solo es posible mediante la protección de grandes bloques de hábitat con mínima alteración. La experiencia en Guanacaste sugiere esta posibilidad.

Lo que al final pretendemos es saber cuánto los corredores responden a los objetivos trazados en términos de conservación de especies. En el fondo estamos hablando de criterios como funcionalidad e idoneidad de los corredores. Obviamente la clave radica en la investigación científica y el monitoreo -con todo lo que ello implica. La compleja trama donde se diseña un corredor tiene que ver lógicamente con aspectos ecológicos y biológicos fundamentales. Pero Bennett (1999) nos recuerda que también existen componentes sociopolíticos a ser considerados. Campos (2001) analiza la idoneidad de los corredores en tres ámbitos -o dimensiones-: biológico-ecológico, socioeconómico y de gestión. Por su parte, Miller *et al.* (2001) establecen que en una inicia-

tiva tan compleja como el Corredor Biológico Mesoamericano confluyen grupos de interés muy variados: conservacionistas, poblaciones rurales, gobierno-sector privado. Como se ve, la trama no es muy sencilla.

En cuanto a corredores entre áreas protegidas, el escenario no es menos confuso. Ante un panorama caracterizado por los conflictos de intereses, por indefinición de responsabilidades afuera de las áreas protegidas (¡a veces adentro!) y por carencia de recursos financieros, humanos y técnicos para el manejo, ¿quién puede asegurarnos que, además de parques, en el futuro no tendremos "corredores de papel"? De ahí la legítima preocupación manifestada por algunos especialistas: ¿están compitiendo los corredores con las áreas protegidas? Otros plantean la conveniencia de conservar "islas" grandes (por supuesto, aisladas) con hábitat de buena calidad, en lugar de corredores de dudosa calidad y mal manejados.

Como se puede notar, existe todavía mucho camino por andar. Numerosas dudas subsisten. Con todo, y reconociendo que los corredores no son la panacea, quienes desconocen el valor de los corredores como estrategias de protección de especies -o directamente propugnan la destrucción de los remanentes naturales que proveen conectividad- deben asumir la carga de la prueba: demostrar que la desaparición de los corredores no afectará en forma significativa los atributos para los cuales fueron establecidos y que la conservación no será disminuida. También en este caso el principio precautorio es críticamente necesario.

Referencias bibliográficas

Bennett, L. 1999. *Linkages in the landscape: the role of corridors and connectivity in wildlife conservation*. UICN. Gland.

Campos, D. 2001. *Principios, criterios e indicadores para la evaluación de corredores biológicos y su aplicación en Costa Rica*. Tesis Mag. Sci. Catie. Costa Rica.

Miller, K., E. Chang y N. Johnson. 2001. *En busca de un enfoque común para el Corredor Biológico Mesoamericano*. World Resources Institute. Washington D.C.

Yerena, E. 2004. *Corredores: ¿de qué estamos hablando?* En www.sur.iucn.org/ces/



A. LORENZ